

ODISEA DE TUMACO A PANAMA

PRIMER AGUADULCE Y SANTIAGO DE VERAGUAS (1900 — 1902).

UNA PAGINA DE NUESTRAS GUERRAS CIVILES (1).

BENJAMIN LATORRE CH.



Una página de nuestras guerras civiles (1).

Por fin, la selva diluyó sus fauces y el Pacífico mar mostró su manto; exhausta sí, pero por nuevos cauces, la expedición prosigue sin descanso. Y en frágil nave y a merced del viento más que al motor, de lánguida potencia, veloz se lanza, en grave hacinamiento, al puerto que codicia su arrogancia. La ruta cubre con valiente empeño, cual aurora feliz **Tumaco** emerge, y hermano grupo, como noble dueño, fugaz reposo vigilante ofrece.

El "número" al pasar, el centinela, solo el silencio de las sombras hiere; ya se aleja, ya torna, ya revuela, alerta melancólico y solemne. El siniestro fragor de la metralla súbito rompe la quietud esquiva, en la furia infernal de la batalla, que destroza las fuentes de la vida. Genitora de arresos inclementes, ráfaga fue de vivo desconcierto; colombianos al fin —aunque dementes— en lid heroica brillan los aceros. Luégo... despojos, cuerpos enlazados, macabros rictus, alaridos, fiebre, y rojos charcos, del festín colmados, como en final de lucha con la muerte. Los postreros, inermes, un puñado, en repliegue fatal y hostiles playas, cautivos fueron, en manglar viciado, y en mazmorra infeliz tormentos hallan.

En efecto, una vez transmontada, en tremendas condiciones, la inmensa cordillera de los Andes, tras la sangrienta y total derrota sufrida el día 20 de octubre de 1900, en Calibío-Popayán, viacrucis prolongado durante el mes de noviembre, en la mitad de su extensión por las riberas del caudaloso Micay, y en el puerto llamado entonces "Huanamito" hallamos, ocasional y venturosamente, el vaporcito "Gaitán", perteneciente a la pequeña guarnición revolucionaria que ocupaba en forma eventual a Tumaco. Forzando su mediano cupo, casi todos aquellos semi-espectros, fuimos embarcados para zarpar en seguida rumbo a tal puerto, pasando por la isla de Gorgona.

Al día siguiente arribamos allí, tras amago de naufragio, por mar picado y recargo de peso, dada la capacidad del buque y nos dispusimos a lo denominado reorganización. Pero pronto resultamos sorprendidos por el ataque de la escuadrilla que comandaba el impetuoso General Carlos Albán, a la sazón Jefe Civil y Militar del departamento de Panamá. Hábilmente **asaltado**, y ocupada al tercer día la contigua isla de "El Morro", quedamos en rigor ya dominados por todos los cuantiosos elementos oficiales. Lo siguiente fue una desesperada, una loca resistencia, a veces cuerpo a cuerpo y

(1) (Véase la Batalla de Calibío por Benjamin Latorre. Rev. FF. AA. N° 17).

al fin, en un anochecer, la fuga por "El Pindo", aprovechando parte de una baja marea, hacia el sur.

La mayoría logró escapar. Mas unos veinte hombres de la extrema retaguardia, encargados de cubrirla, fuimos capturados, enredados en los terribles manglares y conducidos a las bodegas del vapor "Taboga", mercante inglés que el General Albán había expropiado para reforzar su expedición. Algunos de estos prisioneros fueron en seguida reasegurados con los aparatos llamados "esposas" lo cual, como dizque suele ocurrir con semejante emparejamiento, cuando menos dificulta toda iniciativa, o urgentes menesteres. Una escalerilla servía para subir casi a diario, los esposados en qué condiciones, a cierto lugar imperativo. Y las dos comidas cotidianas suministradas, eran desde luego menos que aceptables. A propósito, en la parte superior de nuestra mansión había una leyenda metálica, en grandes iniciales, P. S. N. C., que al principio pasó desapercibida. Pero después, durante nuestra infeliz y forzosa inacción, despertó relativa curiosidad. Y surgió el descifrar. La primera interpretación fue: **"Por sin coraje nos cogieron"**. No, no sea bru...sco, ahí sobra algo, repuso alguno. Otro, incorporándose, hasta donde se lo permitía la "esposa" fielmente ceñida a su muñeca, corrigió así: **Pésimas son nuestras comidas"**. Esto ya mereció la aprobación y parecía terminada la ocurrencia. Mas de pronto un tercero, con acento velado y como filosófico, murmuró, procediendo a engullir un raquitico plátano: **"Peor sería no comerlas"**. Fue imposible contener entonces la explosión de aplauso para tan cierta y definitiva solución. Sobrará explicar que dichas iniciales correspondían a la sigla de la empresa Pacific Steam Navigation Company.

Con breve escala en la isla de "El Gallo" y en Buenaventura, siguió la

nave hacia la bahía de Panamá, donde fondeó a mediados de diciembre. Al desembarcar, fuimos conducidos dentro de doble fila de guardianes, luego de exhibirnos largo rato por las calles de la ciudad, al presidio de las Bóvedas de Chiriquí, donde quedamos recluidos, en estrecho y cenagoso cubil. Respecto del lento recorrido de tales cautivos por las principales arterias de la capital y de su mísero aspecto, con actitud decorosa, surgieron de algún aficionado, unas estrofas, reconstruidas así:

Transidos, silenciosos, altaneros,
con los pies por la marcha destrozados,
en medio de dos filas de soldados
avanzan al cuartel los prisioneros.

Vibran, al despojar de los aceros
con que a la lid partieron denodados,
y en mazmorra infeliz son sepultados
cual eran ya vejados compañeros.

Playas y mares vieron los humanos
y heroicos batallares consumados;
mas la muerte, aliviando mutilados,

compasiva danzó entre los hermanos.

Otros, altivos, fueron aherrojados.
Por cobardes? Jamás. Son colombia-
[nos....!]

Sobre los sufrimientos de diversa índole en aquellos antros, golpeados hacia el fondo por el monótono oleaje marítimo, mejor será correr enlutecido velo.

Un año más tarde, recuperado Tumaco por las fuerzas de los jefes Paulo E. Bustamante y Sergio Pérez, superando felizmente instrucciones del General Benjamín Herrera, fue propuesto un canje de prisioneros al General Carlos Albán, quien lo aceptó ampliamente, el cual fue realizado en la isla de Taboga. Y brilló entonces y se saboreó deleitosamente la ambicionada libertad, tras aquel prolongado e



inolvidable cautiverio, pleno de intensas amarguras.

Mediante las informaciones llevadas a nuestro campamento, el General Herrera procedió a preparar el inmediato y sorpresivo ataque a las tropas del General Albán, en la propia bahía de Panamá, al alcance de la artillería emplazada en las murallas del puerto. Allí éste se disponía a su turno a salir rápidamente, a bordo del vapor chileno "Lautaro" que había confiscado y acababa de artillar, convoyado con la cañonera "Boyacá" y el barco "Chucuito" a atacar nuestro crucero "Almirante Padilla". Resultaba pues coincidir aquello en la veloz ofensiva. Jefes del crucero "Padilla" fueron el General José Antonio Ramírez y el Coronel Roberto Payán. Ayudante a bordo del cañonerito Panamá el Tte. Coronel Marco A. Henao. Y a las seis de la mañana se disparó el primer cañonazo sobre el "Lautaro". El éxito fue rotundo. Lo inesperado y audaz del asalto desconcertó al comando del General Albán, quien pereció a bordo al incendiarse y hundirse su barco-insig-

nia, combatiendo gallardamente. Era el 20 de enero de 1902. El pánico en la ciudad, como se comprende y sabe, fue algo excepcional. Pero a nuestro General Herrera no le fue dado coronar el triunfo con la ocupación en seguida de esta ansiada plaza. Muy poderosos y extraños elementos lo impidieron.

Entre tanto, a un ejército de 1.500 hombres, compuesto por veteranos batallones como el Quinto de Cali, el Colombia y otros, a las órdenes del jefe gobiernista Francisco de P. Castro, debidamente fortificado en el puerto de Aguadulce, era urgente dominarlo, pues a la retaguardia de las tropas revolucionarias, había otras oficiales, que aunque no muy próximas, sí podían en pocos días ponerlas en gravísimo aprieto. Y la batalla se impuso. El General Castro rechazó una previa invitación del General Herrera a capitular. La arremetida contra Aguadulce sin duda era hasta temeraria. Pero no cabía vacilación. Y a la madrugada del 23 de febrero se inició la lucha. Perdida y recuperada a enor-

me costo fue la vecina población de Pocrí. La cima de El Vigía vino a ser otro centro neurálgico importante. De otro lado en el cerro de Espavé el combate se mantuvo incierto, de tal modo que dio lugar a una hábil maniobra del General Bustamante al incendiar espesos pajonales que en su base había. Las enormes llamaradas desatadas pronto obligaron al enemigo al abandono de aquel sector, encomendado a los Generales Paulo E. Obregón y Belisario Porras, así como al anciano y venerable General Francisco Serrano T. También los acompañaba allí, en la difícil posición de Limones el Gral. Sergio Pérez, mediano de cuerpo, pero acrecentado por su señorío, valor y abnegación. Entre los heridos destacados recordamos al arrebatado Coronel Jorge E. Gálvez, abaleado en boca y quijada, al caballero Comandante Roberto Uribe y al tan meritorio Coronel Simón Arboleda, bien ilustre payanés. Tántos otros!

Al amanecer de aquel día, el J. de Estado Mayor General Lucas Caballero, llegó a la pequeña tolda, cerca de Pocrí, que se nos había asignado para que junto con el entonces Capitán Valentín Ossa, posterior gobernador del Valle, custodiáramos el Archivo, pero sobre todo, la limitada cantidad de parque en reserva, encareciéndonos vivamente la delicada consigna, en caso de un desgraciado repliegue, de salvarlo a todo trance, o destruirlo. Además nos ordenó la rápida provisión de tal parque a los batallones, en la propia línea de fuego, para lo cual se nos suministraron ocho jóvenes soldados, armados de carabinas iguales a las nuestras y cuatro caballerías equipadas. La distribución oportuna se cumplió rigurosamente. En varios momentos nos hallamos, por turno, con Ossa, envueltos en los tremendos choques, creíamos llegado nuestro último momento. Avances entusiastas y retrocesos angustiosos se sucedían hasta que,

ya avanzada la tarde, el enemigo anunció su capitulación, la cual fue otorgada en el acto en amplias condiciones y cuyos detalles estuvieron a cargo del General Julio Plaza y del doctor Carlos Mendoza. Tan sangrienta fue esta batalla, teniendo en cuenta el número de combatientes, algo como tres mil en ambos bandos, que en el nuestro alcanzó a un centenar por muertes y casi el doble por heridas. El botín obtenido llegó a unos ochocientos rifles, dotación de municiones, dos cañones y una ametralladora. Los jefes Castro y Caicedo huyeron por anticipado.

Y terminado así a grandes rasgos el relato de uno de los finales en nuestras dolientes luchas fratricidas, bien puede signarse un apacible paréntesis, a fin de exaltar el memorable centro ubicado en un extremo norte de lo que formara parte, hasta principios del siglo, de la carísima integridad nacional colombiana. Nos referimos a la bella, a la histórica Santiago de Veraguas, perennal en nuestra memoria, para tributarle, ya en puro ocaso, **desinteresado** homenaje.

Fue en 1902, cuando tuvimos la fortuna de conocer aquella acogedora y noble ciudad fundada, según datos obtenidos, hace unos cuatro siglos por Rodrigo de Bastidas y Gaspar de Espinosa. Se extiende en parte de la llanura comprendida entre las antiguas provincias de Los Santos y Alonje, ésta ya cercana a la de Chiriquí, cuya capital, David, también de emocionados recuerdos, fue uno de los lugares centrales de las operaciones militares del ejército, comandado con singular maestría por el General Benjamín Herrera, de cuyo Estado Mayor tuvimos el privilegio de llegar a ser, junto con Alain Lemos, Valentín Ossa, Julio del Castillo, Alberto Ibáñez y otro Oficial de Ordenes, durante imborrable temporada. Además, nos mueve en el intento de ofrenda a esta ciudad la circunstancia de otro honor abrumante.

al sernos encomendada, alrededor de nuestros veinte años, la Jefatura Civil y Militar de semejante plaza, con la gravísima responsabilidad respectiva, pues fuera de ser retaguardia peligrosa por la enconada hostilidad de vecinas guerrillas en la región breñosa de Ocú, era lugar de cautiverio de cerca de mil prisioneros de categoría a nuestro cuidado, principiando por el General Estanislao Henao, más que altivo y acatadísimo por sus compañeros, quien rechazaba toda atención que intentáramos prodigarle. Escasamente nos aceptó al fin algunas cajetillas de cigarrillos, dizque por ahuyentar zancudos. Y a fe que logramos resultar airosos en el delicado encargo, cumplido durante el mes de septiembre de 1902. Datos éstos confirmados, en su esencia, muchos años después, según certificado publicado en esta capital, del garrido doctor y General Lucas Caballero, y también en su libro "Memorias de la Guerra".

Santiago se encuentra muellemente enclavada en el corazón del Istmo, equidistante de los dos océanos. Allí nació el prócer don José de Fábrega, benemérito jefe del movimiento de independencia, en el año de 1821. Y justificadamente se preciaron de ser sus coterráneos, entre otros, los ilustres Justo y Juan Demóstenes Arosemena, así como el General Tomás Herrera, muerto en las calles de Bogotá, al entrar victorioso en la culminación del éxito republicano, en 1854, con el derrocamiento del dictador J. M. Melo. Y en esta centuria es justiciero registrar gratamente la memoria del distinguido General Manuel Quintero V., así como la del gallardo Coronel Alfredo Patiño, quien en su carácter de Gobernador de la Provincia de Coclé, vino en comisión a nuestro país con su hijo Bolívar, hace unos veinte años. Luego, hasta en los últimos tiempos que sepamos, han aprestigiado tan refinado centro las familias Fábrega.

Arosemena, Goitía, Amador, Alvarado, Arroche, Echeverri, Pinilla, Torrijos, Bonilla López y varias otras de anhelada recordación.

Siendo Presidente de Panamá el Sr. Juan Demóstenes Arosemena fue elegida dicha ciudad para fundar allí la famosa Escuela Normal que lleva su nombre, de la cual ha sido anexa la de Enseñanza Privada "Dominio del Canadá", a donde concurre más de un millar de alumnos. Además hay otros magníficos edificios, como el gran Hospital Provincial, una buena clínica de Servicio Social, Banco, teatros, y por sus calles pasa la gran carretera que une a Panamá City con la ejemplar Costa Rica. La población de Santiago llega a los treinta mil habitantes. En 1850 fue segregada para formar la Provincia de Chiriquí.

La importancia de Veraguas se puede apreciar también porque en alguna época ésta y la de Panamá constituían los únicos bloques administrativos del Istmo, cada uno con su Gobernador independiente. De otra parte, desde el año de 1586, la corona española, había convertido aquella región en el "Ducado de Veraguas" y concedido título de nobleza a don Luis Colón, nieto del Descubridor, como solución de la Corte ante los reclamos de los descendientes de quien se extinguió, tan glorioso como profundamente desencantado, ante la humana y nada extraña ingratitud.

Por aquella semi-castellana localidad, parece que se perfilan todavía las sombras de duquesas y marquesas, de condes y barones, en marchas de cuadrillas cortesananas, o en trance de embrujadoras serenatas. O bien cruzando aceros los donjuanescos rivales, por acaso leves o inesperados desvíos femeninos. En tal ambiente, quizá más romántico que apasionado, puede encuadrar el envidiable soneto "Sangre francesa" de Víctor M. Pérez, cantando así:

"Lo recuerdas, señora? Fue un soberbio homenaje
aquel baile que Francia dio a su reina Antonieta.
Eras tú una marquesa, de preclaro linaje,
y en la corte yo estaba como fácil poeta.

En tu lindo abanico te rendí vasallaje
con un bello soneto, en que fui claro esteta,
y tú en cambio pusiste de mi gola en su encaje
la corola morada de una humilde violeta.

Esa flor fue motivo para que un caballero
en la sombra cruzara con su acero mi acero;
hasta el pomo en el pecho le inferí una estocada,

pues bien sabes, señora, que es de sangre francesa
hilvanar una estrofa y esgrimir una espada
cuando media el afecto de una rubia marquesa".

Bogotá, septiembre 10/35

Señor Doctor LUCAS CABALLERO

Presente.

Señor General:

En virtud de la indicación que se sirvió hacerme en días pasados, anoto enseguida algunos puntos a que puede referirse el testimonio o certificación que me permití solicitar de usted en carta anterior, previsivamente, sugestionando con la idea de tener algún derecho para distraerle en forma atenta, siquiera sea el más breve tiempo, así:

1º Si estando prisionero en las Bóvedas de Chiriquí, en enero de 1902, fui canjeado, junto con otros oficiales, por los cautivos semejantes que tenían en el ejército de que era usted Jefe de E. Mayor General, en el Cauca y Panamá.

2º Si luego, en vísperas del primer combate de Aguadulce, se nos distinguió al entonces Capitán Valentín Ossa y al suscrito para guardar y distribuir, en la línea, el parque a los combatientes.

3º Si se me hizo casi enseguida el altísimo honor de nombrárame Adjunto o Ayudante de la Dirección de la Guerra.

4º Si meses después, al aproximarse la segunda acción de armas de Aguadulce, o sea el sitio, que se prolongó muy cerca de un mes, solicité ahincadamente —en verdad contra normas militares que no entendía yo bien— mi traslado a filas, como en efecto se ordenó, destinándome en calidad de 2º Jefe de un batallón de los que allí actuaron, hasta la captura de dicha plaza. Y por último si en los momentos en que el ejército sitiado se rendía, se me abrumó nombrándome Comandante, en la ciudad de Santiago de Veraguas, donde estuvieron a mi cargo, disponiendo de modesta guarnición y en un medio ambiente agresivo, más de quinientos prisioneros de categoría, a quienes pude dispensar atenciones, sin olvidar ni un instante la más estricta vigilancia, logrando así, a más de mi natural sentimiento, mantener la tradición inspirada en aquella campaña por los jefes y salir airoso del empeño. Poco después firmaban el Gral. Herrera y Ud. el tratado de paz.

Muy atentamente, Benjamín LATORRE.

"Todo lo anterior es de una verdad absoluta, y me consta de modo directo como Jefe de Estado Mayor que fui del General Benjamín Herrera en la campaña de Panamá de 1902. El señor Latorre fue en ese entonces uno de los oficiales más jóvenes y de confianza más absoluta en el Ejército Liberal.

(Fdo.) LUCAS CABALLERO".

(Documento tomado del archivo personal del autor).